

# HISTORIA DE LA SECCION FEMENINA

Por PILAR PRIMO DE RIVERA

(Conclusión)

XV

## ULTIMOS TIEMPOS

Presos y más presos.

Detenidos en la Dirección General de Seguridad. Detenidos en todas las Comisarias de España.

Las cárceles llenas, José Antonio en la cárcel, y Julio, Raimundo, Onésimo, Valdés, Girón, Agustín, Gerardo, Sancho, Panizo, Muro, Canalejo, todos los Jefes, y en todas las provincias miles y miles de camaradas en la cárcel.

La Falange sin mandos en la calle, las provincias huérfanas sin sus Jefes, lo único casi completo la Sección Femenina, aunque perseguidas también las mujeres por la Policía y amenazadas de muerte por los comunistas.

Las mujeres de la Falange casi solas para atender a los presos, unos diez mil en toda España, para visitarlos, para esconder armas, para llevar las consignas del Movimiento desde la Cárcel Modelo a todas las provincias.

Persecución espantosa de Casares Quiroga, mujeres de Falange a la cárcel por insultar en los juicios a los Magistrados que votaban sentencias injustas.

Lola, la primera detenida, con sus veinte años, ingresó con estoicismo en la cárcel porque así se lo pedía la Falange.

Después, Dorita, Inés, Gloria, Josefina, las Moscoso. En la cárcel de las Ventas, de Madrid, cada vez más mujeres Nacional-sindicalistas. Y en Valladolid, Segovia, Sevilla, Lugo: Rosario Pereda, Angelita Ridruejo, María Azancot, Manuela Castro, en la cárcel también por hacer propaganda, por ser enlaces con los militares.

Pero todas alegres, ni una lágrima, ni un suspiro de viejo estilo, detrás de las rejas, llenas de fe en la Falange y en José Antonio.

Y las demás, perseguidas, sin poder vivir en sus casas, vendiendo sellos, vendiendo jabones que era dinero para los presos, repartiendo el «No Importa», haciendo «monos» para los detenidos, poniendo sobres para la propaganda, y todo clandestino cada día en una casa, en un sitio distinto para que no se enterara la Policía.

Reuniones en el Museo del Prado, en la Sala de Velázquez consignas allí para todas las mujeres y para los hombres, frases convenidas y a medias palabras, reparto de sellos para que se vendiera, alegría de juventud convencida y seguridad en el triunfo.

Jornada de trabajo intensiva para la Sección Femenina, desde febrero hasta el 18 de julio de 1936.

Desde las siete de la mañana visita a la cárcel, cientos de cajetillas de tabaco, las comidas; cada galería tiene la visita a una hora y hay falangistas en la 5.<sup>a</sup>, en la 2.<sup>a</sup>, en la 1.<sup>a</sup>. A las doce, visita a la de «Políticos». Optimismo, y fe detrás de aquellas rejas, en contraposición con la indiferencia de las derechas en la calle y la mala intención del Gobierno de Azaña.

Papeles que eran consignas de los Jefes para las provincias, cartas que por las tardes tenían que llevar las mujeres de la Sección Femenina a quien ya las esperaba. Todo aquello por entre las rejas, sin que las vieran; y palabras de José Antonio, que nos mandaban seguir.

Y además los atentados; camaradas que caían todos los días y a todas horas en las calles de España.

Tristeza infinita por la muerte de ellos, pero obligados cada vez más por su misma muerte a no dejar que escatimaran nuestra revolución.

Entierros de los camaradas como en tiempos de los primeros cristianos, a deshora en los cementerios, casi solos. Prometiendo allí delante del camarada caído no descansar hasta cumplir la última de las consignas de Falange. Camisas azules ya sobre los cuerpos de los camaradas muertos; la bandera Nacional-sindicalista y una Cruz. Responso del sacerdote y el Presente de los Caídos.

Cincuenta, sesenta, ochenta y así hasta ciento y pico de antes del 18 de julio muertos por la Falange.

El Gobierno, impávido; las gentes pacíficas, ni a comentar se atrevían; sólo la Falange se encargaba de hacer justicia a aquellos asesinos de nuestros hombres.

Represalias a los magistrados injustos, muertos comunistas en sus mismos centros, asaltos a la Casa del Pueblo con catorce y dieciséis muertos por parte de los marxistas.

Y Casares Quiroga, frenético, chillando en el Congreso que era beligerante contra la Falange. Y la Falange más fuerte que él, la Falange sola, solos sus hombres y sus mujeres en las cárceles y en la calle en línea de combate, en Madrid y en toda España.

Incomprendida la Falange como siempre. Las derechas queriendo entonces comprar con el dinero, que siempre nos había negado, la vida de los camaradas, para que evitaran aquel derrumbamiento que se nos venía encima.

Dinero y dinero nos ofrecían para que compráramos armas, que antes nos hubieran hecho falta.

Se compraban pistolas desiguales y malas que escondían las camaradas de la Sección Femenina.

Brazales, emblemas, mujeres de la Falange sin dormir junto a las máquinas de coser



Mujeres de la Falange en la cárcel.



Reuniones en el Museo del Prado, en la Sala de Velázquez.